

Sus soberbios caballos y armaduras.
 Hubo un tiempo también en que mi brazo
 Lanzas rompió en honor de la belleza:
 Cuando tu buena madre, en dulce nudo
 Se unió á mi suerte, en ese patio mismo,
 En que hoy tu nombre sonará glorioso,
 Yo el de tu madre con valor sostuve:
 Ella mira sin duda desde el cielo
 Tu ventura, hija mía: pronto en torno
 Circulará la copa en honor tuyo
 En el festín magnífico; las bóvedas
 De este castillo, mudas tanto tiempo,
 Hoy van á resonar....

(Suena un clarín.)

¿Habéis oído?

Sin duda llegan ya los caballeros:
 A encontrarlos volemós, hijo mío:
 Y tú, cara Isabel, ve á prepararte:
 Cubre de hermosas flores tu cabeza:
 Ostenta tu hermosura; que tu esposo
 Te encuentre digna de su ilustre mano,
 Pura y brillante. Vamos.
 Alb.— Sí, ya os sigo.

ESCENA VI.

ALBERTO, ISABEL.

Alb.—¡El momento tan temido
 Ha llegado ya, Isabel!
 Ya se acerca vuestro reposo.
 Isab.—¡A sus ojos moriré!

Alb.—No; seguid, seguid, señora,
 El camino que al nacer
 Os señaló la fortuna;
 Haced feliz la vejez
 De vuestro padre, del mío,
 Sí, mi padre también es;
 Si no lo fuera.... ¡Infelice!
 ¡Qué posición tan cruel!
 Cuando el pecho se me abrasa
 ¿Debo callar? ¡Oh, deber!
 Tengo una espada y un brazo,
 Tengo de venganza sed,
 Tengo el infierno en el alma,
 ¿Y vengarme no podré?
 ¡Virtud fatal! Fitz-Eustaquio,
 Bienhechor mío, ¿por qué,
 Por qué salvaste mi vida?
 ¿Por qué al punto de nacer
 No exhalé el postrer suspiro?
 ¡Desgraciado!

Isab.— Yo no sé
 Lo que se pasa en mi alma:
 Yo me siento fallecer:
 Arde mi frente, mis ojos
 Todos los objetos ven
 Tintos en sangre: ¡un abismo
 Abrirse miro á mis pies!
 Y nadie tiende la mano
 Para salvarme de él;
 Tú te vas, tú me abandonas!

Alb.—¡Infeliz, qué puedo hacer!
 ¿Armar mi brazo, y en sangre

Tañir el sitio que fué
De mi desgracia el asilo.
¿Hacer que caiga, Isabel,
La maldición de tu padre
Sobre tí? ¡Jamás! seré
Desgraciado, pero digno
de tu amor.

Isab.— ¡Suerte cruel!
¿Con que no queda esperanza?

Alb.— Ninguna: ¡adiós, Isabel!
Tu padre me espera.

Isab.— ¡Y nunca
Nos volveremos á ver!

Alb.— Es forzoso todavía,
Porque salir no podré
Sin ser visto; pero al punto
Que divertidos estén
En el torneo, yo parto
Y en mi ligero corcel
Me alejo desesperado
De mi vida, de mi bien.

ESCENA VII.

Dichos, TIMOTEO.

Tim.— Señor, el Barón mi amo,
En el atrio del castillo
Os espera: ya se acercan
Los caballeros.

Alb.— Amigo, amigo,
Voy al instante.

(Se va Timoteo: se oye dentro una música)

ca marcial, que indica la llegada de los caballeros.)

Señora,

Escuchad; ese sonido
Anuncia ya la llegada
De vuestro esposo.

Isab.— ¡Dios mío!
¿Y no muero?

(Cae en el mayor abatimiento en una silla.)

Alb.— Cada acento
De esa música un cuchillo
Es que el alma me traspasa!
Tus horrores, negro abismo,
No pueden ser más atroces
Que este momento.

Isab.— (levantándose.)

¡Oh, martirio,
Peor que la muerte ¡Alberto,
Un espantoso destino
Me conducirá bien pronto
Al horrible sacrificio:
Mi boda y mis funerales
Se unirán. Adiós, amigo
De mi infancia, hermano, amante,
Único á quien he querido,
¡Adiós! no olvides el nombre
De esta infeliz.

Alb.— ¡No, bien mío,
Ese nombre idolatrado
Será mi postrer suspiro!